

tal vez por objeto abolir por completo el sistema constitucional, produjo un general asombro y colocó á todos los partidos en una actitud hostil: así es que á las 24 horas de haber sido nombrado se retiró sin haber hecho nada de lo que se proponía, y Narvaez volvió á encargarse de las riendas del Estado, haciendo algunas modificaciones en el anterior Ministerio, que quedó completado con los Sres. Bravo Murillo, Pidal, Sartorius, Arrazola, Séijas Lozano, Roca de Togores y Figueras.

Una guerra sorda minaba mientras tanto el terrible poderío de Narvaez, y tenía sus raíces en Palacio. Con el nombramiento del Ministerio *Relámpago* había dado la camarilla una prueba de la enemistad que Narvaez le inspiraba, y aunque derrotada aquella vez no se desanimó, continuando entre las sombras sus laboriosas intrigas. Cristina, que aspiraba á que su influencia y su voluntad fuesen las únicas que dieran la ley en España, era el alma y la vida de la oposición palaciega con que luchaba Narvaez y consiguió llevar su influencia hasta el seno del Parlamento, en el cual el duque de Valencia sentía desmoronarse y desmenbrarse aquella gran mayoría que antes le prestara su decidido apoyo.

Creyó Narvaez apuntalar el edificio de su poder con unas nuevas Cámaras y disolvió al efecto las existentes, convocando para nuevas elecciones. Verificáronse estas bajo la presión más odiosa por parte del Gobierno, y las coacciones y atropellos que puso en práctica Sartorius para conseguir sacar una mayoría numerosa y disciplinada, dejaron nombre por lo escandaloso en los fastos parlamentarios. Llamóse al Congreso de 1850 el Congreso de familia, pues era más bien una reunión de amigos de Sartorius y Narvaez, que de hombres públicos asociados para representar los intereses de las poblaciones.

No prestaba siempre aquella mayoría toda la obediencia que el Ministerio tenía derecho á exigir y le proporcionaba á veces algunos disgustos. La influencia funesta de Cristina, continuaba en su obra de suscitar enemigos y contrariedades al duque de Valencia: habíase propuesto no descansar hasta derribarle. Atacábanle abiertamente todos los prosélitos, hallaba en Palacio continuos disgustos y contrariedades, y por último la deserción del ministro de Hacienda Bravo Murillo, que hizo dimisión de su cartera y se pasó á la oposición con todo el descaro imaginable, desalentaron á Narvaez y le convencieron de que luchaba con un enemigo más fuerte que él.

El que había vencido y sofocado con mano fuerte la revolución, no pudo vencer ni contrarrestar la influencia perniciosa de una sola mujer, por quien se declaró vencido. El Ministerio de Narvaez presentó por fin su dimisión y abandonó el poder. La marcha que había seguido durante su dominación, fué eminentemente represiva y reaccionaria. No será por lo tanto de extrañar que hasta en la política exterior manifestase de un modo palpable las mismas tendencias. Así es que envió á Roma, con motivo de la guerra que contra el poder temporal sostenían los republicanos, una expedición militar, un pequeño ejército que á las órdenes del general Córdova y bajo la dependencia de las tropas francesas fué á restablecer en su trono al Papa Pío IX. Esta expedición no proporcionó á España más que dispendiosos gastos. La gloria de encadenar al pueblo romano y ahogar la libertad en Italia, quedó reservada á los franceses, y el ejército español, destina-